

La sociedad mexicana a fines del siglo XX

Luis Leñero Otero

Introducción

El objetivo de este breve ensayo es presentar, de manera panorámica pero con una óptica claramente sociológica, la visión prospectiva de una sociedad civil que no obstante desenvolverse penosamente, lo hace con una reiterada identidad en la que la historia parece reciclarse, una y otra vez, a través del hilo de la propia sociocultura entretejida.

Un ensayo significa principalmente un apunte hipotético, pero no por ello —en este caso al menos— deja de ser un diagnóstico basado en estudios anteriores —de naturaleza empírica en buena parte de ellos—, y en percepciones personales y grupales derivadas de múltiples experiencias en el quehacer social y en la promoción de base. A ello se le adjuntan, en apretada presencia, las proyecciones cualitativas de una prospectiva montada sobre observaciones estructuradas de manera directa e indirecta, para ser comprendidas por una audiencia amplia, y no sólo por especialistas que discurren con el lenguaje propio de su disciplina.

El trabajo está dividido en cinco apartados. En el primero, de naturaleza más bien epistemológica, se interroga sobre la validez de una realidad en prospectiva inesperada, a pesar del conocimiento básico de nuestra realidad histórica, de las teorías de las ciencias sociales que han llegado a abstraerse de la realidad concreta, y de una información estadística proyectada hacia el futuro próximo.

El segundo apartado apunta al seguimiento de ciertas pautas de

nuestra historia sociocultural que parecen seguir presentes y proyectarse hacia el fin de este siglo.

La tercera parte del artículo, en cambio, trata de volver objetiva la prospectiva recurriendo a los perfiles que caracterizan escenarios socioculturales, los cuales necesariamente condicionan cualquier tendencia renovadora: el sociodemográfico, la desigualdad marcada, el espectro urbanista y centralista, la cultura nacional y la educación, y el sistema institucional en sus principales rasgos socioculturales.

El cuarto apartado, a su vez, busca entender la presencia —aparición, permanencia y *mutis*— de los principales actores sociales, protagonistas en la dramaturgia social mexicana de fines de siglo.

Finalmente, en la última parte del artículo introducimos una incitación —desusual en este tipo de artículos— de carácter más bien intuitivo y metafórico, a manera de sugerencias aforísticas, para sintetizar esta visión prospectiva, en la cual los científicos sociales casi siempre fallamos por no poder suponer, en términos de saber humano y sensible, lo que se escapa a nuestra medición y a nuestras teorías puramente racionalistas.

Consideraciones frente a la predicción de lo social en cuanto tal

La predicción: entre la prospectiva determinista, el vaticinio, o la suposición intuitiva

Toda predicción implica siempre una aventura por parte del supuesto adivinador, pero también de sus interlocutores: los obliga a tener que asumir, de alguna manera, el futuro de las acciones humanas.

La predicción está dentro del objeto mismo del conocimiento científico: saber lo que efectivamente va a suceder a partir del análisis de los factores causales de un producto. Pero la ciencia, y más aún, la ciencia social, siempre se queda corta ante la explicación del fenómeno humano.

Lo que podemos hacer aquí es tratar de sistematizar un poco nuestro planteamiento, utilizando ciertos elementos de referencia general que nos permitan lograr un consenso mayor sobre lo que podemos afirmar.

La historia aprendida y reaprendida, base de predicción

La predicción sistematizada debe partir de una clara conciencia del acontecer histórico de un pueblo.

El evolucionismo, en sus diferentes modalidades, suponía que la historia de los pueblos obedecía a una determinada línea de desarrollo único, y que el tiempo, en la historia, era lineal.

Las consecuencias de esta tesis no han sido solamente teóricas: las concepciones del actual desarrollo de los países han llevado a los poderosos a legitimar una imposición sobre los llamados subdesarrollados, para que de manera dependiente sigan la misma línea "detrás" de ellos.

La historia tiene, en cambio, alternativas inesperadas, sobre todo cuando no se cree que las tendencias históricas de todos los pueblos estén fatalmente predeterminadas.

Pueden suceder muchas cosas, pero nunca en el mismo sentido. Hay, más bien, un continuo movimiento dialéctico, un tanto fluctuante, que si lo seguimos en su trayectoria pendular, podemos entender mejor las aparentes contradicciones del actuar humano, muy lejanas a la lógica puramente racional y lineal de los analistas científicos.

¿Quién pudo presuponer, por ejemplo, que la sociedad civil de la ciudad de México reaccionaría como lo hizo al ocurrir los sismos de 1985?

Pistas científico sociales del análisis prospectivo

Sin embargo, pueden tomarse en cuenta, en el ejercicio de la predicción inmediata, algunas pistas de análisis prospectivo sistemático, más para saber lo que está dentro de los márgenes de la posibilidad, que para prevenir ciertamente lo que sucederá.

Para ello pueden servir los siguientes procedimientos a los que recurrimos en esta disertación:

1) Seguir ciertas tendencias estadísticas seculares en sus proyecciones futuras.

2) Seguir el hilo histórico de la trama social y descubrir el sentido de las curvas de civilización, en las que se pueden identificar etapas de evidente expansión o decadencia, propias de sociedades específicas.

3) Presuponer como reales escenarios específicos en donde va a

ocurrir la acción. El escenario da un marco ambiental en donde resulta "lógico" cierto actuar personal y colectivo.

4) Conocer, en su escuela más o menos funcional, los procesos sociales de los sistemas en operación, que apuntan hacia resultados previstos.

5) A su vez, seguir el juego pendular de la historia permite suponer etapas sucesivas que aparentemente se creían olvidadas, pero que vuelven a aparecer en muchos de sus rasgos. Cada generación hace renacer —al oponerse o contrastarse con la generación anterior— acciones y tendencias supuestamente superadas o liquidadas.

6) Finalmente, en todo el periodo hay (más allá de los aniversarios terminados en cero o en cinco), eventos y factores sintomáticos, simbólicos o claves, dentro de las mediaciones en cadena de diversos acontecimientos, que marcan toda una nueva etapa.

Referencia en cuanto a "lo social" en sí y a sus contenidos

De hecho, "lo social" es aquello que está implicado en la organización colectiva de una determinada población, vista tanto en su dimensión microgrupal como macroestructural e institucional.

Pero tratando de ajustarnos a la convención sectorial, podemos afirmar que "lo social" está constituido, en especial, por la dimensión de interacción humana que da lugar a la vida grupal de la llamada sociedad civil, realizada con un sentido explícito de convivencia humana, en sí misma considerada.

Por ello, debemos incluir en esta perspectiva a la familia, las relaciones comunitarias, la interrelación de las clases sociales, la actividad relacionada directamente con el desarrollo de la salud biológica y psíquica de los individuos y de los grupos, con la recreación y con la formación de las redes de interacción solidaria, o en pugna.

Pero a estas referencias específicas de "lo social como tal", pueden agregarse las que quedan comprendidas en las acciones socioculturales: las educativas, las artísticas, las de comunicación humana. Asimismo, las interacciones religiosas, propiamente dichas, al igual que las vinculadas con las diversas corrientes de creencias.

En la referencia de "lo social", además, suelen involucrarse las implicaciones "morales" en sus diversas connotaciones, así como las conductas correspondientes a los "convencionalismos sociales". Hablar de "lo social" es entendido, en lenguaje común y corriente, como relativo al roce o contacto cotidiano con "la gente que nos ro-

dea”: reuniones, fiestas, recreación, ceremonia civil, trato con los demás.

En la imposibilidad de llevar a cabo un análisis de todas estas dimensiones “sociales” en su particularidad y en su implicación globalizante, debemos seleccionar sólo algunos de los elementos que consideramos más sintomáticos y que resultan, a nuestro parecer, esenciales e impactadores sobre las diversas actividades económicas, políticas y culturales.

El esbozo de aspiraciones prescriptivas

Las múltiples alusiones hechas en esta reflexión sobre las tendencias previsibles en la década de los noventa, van a tener siempre la tentación de incurrir en opiniones prescriptivas y sugerencias aspirativas. Queremos separarlas lo más claramente posible de las referencias *de facto*.

La construcción de nuestra sociedad civil como proceso inconcluso al fin de este siglo

El dualismo de nuestra sociedad en su aculturación de origen y en su primer intento de síntesis

Desde su antecedente prehispánico, pero sobre todo a partir de la información de la sociedad novoespañola, México ha vivido una dinámica dualista, altamente ambigua y ambivalente.

Al lado de la cultura oficial, institucional, dominante, se quedó operando, informalmente, una cultura sumergida, aprendida en el seno del hogar y de la madrecita querida, incluso hasta nuestros días y toda la década de los noventa. Con todo y nuestra norteamericana-jonización.

Esta dualidad adquiere vigencia en cuanto a la división de los dos sistemas de organización social del país, desde el siglo XVI: la sociedad civil y la sociedad política.

La Iglesia se encargó de la educación y de la constitución de la hoy llamada “sociedad civil”: formación de las comunidades-pueblos parroquianos y congregaciones en múltiples corporaciones sociales, que encauzaban la asociación productiva, artesanal, campesina-dependiente y campesina autosuficiente (en la economía de subsistencia y de autoconsumo).

Por el otro lado, el gobierno virreinal se hizo cargo de la milicia, de las intendencias y de los controles burocráticos, sobre la base de un ordenamiento de la economía del fundo (tierras y minas de las haciendas).

A partir de la Independencia, como todos sabemos, la dualidad Iglesia-Estado fue alterada, y rota, finalmente. Desaparecida la Metròpoli, la pugna entre los dos poderes se perpetúa en la lucha entre liberales y conservadores durante todo el siglo XIX; en el fondo, representa la dinámica de las relaciones entre las cúpulas de la sociedad civil y la sociedad política. Conocemos el desenlace del fin y principios del siglo: la Revolución, que tampoco logra cambiar las bases de esa antigua dualidad civil-política.

El intento de Vasconcelos para retomar el espíritu misional de los evangelizadores religiosos y sustituir el liderazgo del cura por el del universitario y el maestro rural, bajo la rectoría del gobierno revolucionario, es muy significativo pero insuficiente y, en buena parte, frustrado: la élite política careció de la autoridad moral para asumir el liderazgo reconstructor de la nueva sociedad civil postrevolucionaria.

La sociedad civil se repliega sobre sí misma, y aunque acepta la organización de un Estado que repetidamente se autodeclara populista, queda desarticulada en sí misma y admite con fatalismo mítico que sus líderes sean cooptados y corrompidos gradualmente.

Parecería que esta problemática del dualismo entre sociedad civil y sociedad política llegase ahora al término de un periodo, en el proceso de la reproducción social. Sin embargo, todavía no parece ser definitivo ni hay claros indicios de una adecuada interrelación entre ambas.

Pero la década de los noventa podría ser significativa si pudiese entrar de lleno a un proceso de democratización social (socioeconómico y sociopolítico) que parece despuntar en muchos sentidos, incluso a pesar de la tendencia inversa que se muestra en la economía de las empresas "modernas" trasnacionales, señaladamente autoritarias, bajo un sistema de alta técnica y de falsa asepsia administrativa.

De hecho, llegamos a los noventa habiendo desplazado una democracia económica incipiente que aparecía tímidamente con el cooperativismo y con la concepción de la empresa como comunidad de responsabilidad compartida.

Por otra parte, la organización sindical trabajadora, corrompida en buena parte por la sociedad política, dista mucho de responder

al proceso avanzado de organización socioeconómica de la propia sociedad civil, frente al capital empresarial organizado, dentro y fuera del país. Pero ha sido una alternativa viable y necesaria, a pesar de todo.

La década de los noventa y el inicio del nuevo siglo podrían presentar, sin embargo, sorpresas, pues el estancamiento presente sugiere la posibilidad de nuevos impulsos en el proceso de formación de la organización de la sociedad civil, una vez venido a menos el paternalismo y el control del gobierno federal, pero ya también sin el maternalismo de una Iglesia un tanto marginada.

El papel del mediador ambivalente hasta nuestros días

Hay, en particular, un punto focal de la organización social proveniente desde el origen y presente hasta nuestros días, y que en los años ochenta pareció entrar en un agotamiento aún impredecible pero evidente: el papel del líder, intermediario entre el más alto nivel de organización y la población en la misma base de la pirámide social.

El pacto hecho por la autoridad ejecutiva nacional con el líder intermediario significó la posibilidad de comunicación social de aquella con las sociedades civiles en su base local, al mismo tiempo que le dio la oportunidad de traducir las demandas populares, debidamente moduladas por su líder. Pero el arreglo con el intermediario ha implicado cooptación, más o menos abierta y clandestina. Además, fue la base para la formación de un sistema corporativo reconocido como parte de la organización de la sociedad política, pero condicionador de la dinámica pasiva de la sociedad civil.

Podría pensarse que estamos ya al borde de la vigencia del caciquismo tradicional. Los noventa podrán ser la tumba de muchos de los representantes de toda una generación de caciques ubicados incluso en las centrales sindicales. Mas cuidado con el vacío de poder que dejan, inevitablemente...

El mito de las rupturas históricas

No obstante lo anterior, la historia nos enseña que ningún cambio de sistema es capaz de borrar del todo las realidades en apariencia destruidas radicalmente.

La década de los noventa puede incluso ver reaparecer mañas y tendencias que creíamos desaparecidas en nuestra idiosincrasia. En el peor de los casos: el México bronco de antaño que deja salir su

impulso destructor, acción tan repetida en nuestra historia. En el mejor de los casos: el país en el que la solidaridad espontánea da vida a comunidades, barrios, movimientos de la propia sociedad civil. Como despuntó en el 85...

Escenarios para los años noventa

Apuntamos algunos contextos basados en ciertos elementos de referencia significativa.

Crecimiento poblacional y tendencias demográficas claramente conocidas para la década de los noventa

Las proyecciones hechas antes de conocer los supuestos datos del censo de 1990 calculaban que, a mitad de la década, México tendría una población aproximada de 95 millones de habitantes y, al llegar al año 2000, una de 104.¹ Actualmente México es el undécimo país más grande del mundo, con una de las tres ciudades más grandes del orbe (que rebasará pronto los 20 millones). Nuestro escenario demográfico se refiere a una sociedad de población numerosa, en un amplio territorio de casi 2 millones de kilómetros cuadrados.

Visto así, en términos de números absolutos, nuestra vida de fin de siglo es totalmente incomparable al México de fines del siglo pasado (de apenas 13.6 millones de habitantes). Estamos hablando de otro país demográfico. Todo ello significa diferencias en el volumen de demandas, intensidad de interrelaciones humanas, densificación poblacional en donde la vida se hace cada vez más masiva e impersonal. Cada uno de nosotros somos "uno de tantos", de esos casi 100 millones. Ni en la lotería un número resulta tan azaroso como un individuo en medio de un volumen de esa magnitud.

Pero el escenario demográfico no está dicho sólo con esto. Es aún más significativo lo que ocurre con el ritmo o aceleración del crecimiento. Llegar a la cifra de 100 millones puede no ser impactante para un país que desde hace décadas venía acercándose gradualmente a esa cantidad. Pero para uno que apenas hace veinte años (en 1970) tenía sólo la mitad, significa mucho, muchísimo, en términos cualitativos.

La reducción de este ritmo de crecimiento (que no el crecimiento

¹ CONAPO, *México demográfico 1988* (proyección alternativa), p. 140.

mismo) ocurrida en los últimos años, tiene además una implicación agravante en la disimilitud de país que actualmente se está viviendo en esta última década del siglo: el hecho de haber disminuido la tasa de crecimiento demográfico —de más del 3.3% anual, al 1.9%— ha significado la reducción de la proporción de población infantil, frente al aumento relativo de la población joven y adulta. El país se desacelera pero sólo acortando la población en la base misma de la pirámide demográfica (la infantil), lo cual empieza por generar una nueva disimilitud con la sociedad en la que hemos nacido.

Lo percibimos en el volumen y la proporción de la población que demanda actualmente trabajo: principalmente jóvenes que masivamente necesitan incorporarse a la fuerza productiva y a la capacitación. Nunca antes se había hablado de más de un millón de plazas nuevas requeridas cada año para responder a la demanda laboral de las nuevas generaciones.²

Mientras tanto, seguimos la tendencia, contraria a la dinámica demográfica: querer reducir la mano de obra, desplazándola con la introducción de tecnología transnacional avanzada. No se necesita ser futurólogo para reconocer la enorme presión social que esto significa y que se traduce en un mayor riesgo sociopolítico.

Además, la demanda de trabajo, lejos de verse aligerada por la anticoncepción generalizada de más del 53% de las mujeres en unión marital,³ aumenta, por el hecho de “liberar” la anterior dedicación exclusiva de la mujer a las actividades domésticas, y llevarla al mercado de trabajo.

El escenario demográfico de los años noventa se redondea en su perfil cuando observamos las tendencias migratorias de una población mexicana, nunca antes tan móvil como en esta próxima década. El mexicano migrante rebasará ya, en términos relativos, al 20% de la población total. Casi podríamos hablar de un país nómada, si no fuera porque el desplazamiento espacial tiene como principal destino final la gran ciudad.

Lo anterior adquiere una significación dramática: el migrante se convierte, de alguna manera, en un aventurero que va a probar fortuna, y aunque no la encuentre, se topa con otro horizonte de relaciones sociales, impersonales, masivas, que modifican sus estilos de vida. Pero además, reencuentra algo que todos los analistas de

² Aguilar Camín, Héctor, 1988, p. 41.

³ SSA-DFPF, *Encuesta nacional sobre fecundidad y salud 1987*, Memoria, 1988, p. 218.

la vida familiar consideraban ya superado a mitad del siglo: la familia extensa y la parentela, que resultan ser el eslabón real de la cadena migrante y la base sustantiva de apoyo para la recomposición del nuevo círculo social del neorresidente, en el lugar de llegada.⁴

En cambio, la organización estructural de nuestras ciudades no está, ciertamente, preparada para una inmigración tan grande. Al menos es lo que sucede con nuestros urbanizadores y nuestros políticos urbanos. Sólo los mismos desheredados, pobres y marginados no marginan a su gente. Al contrario, ensayan su propia sobrevivencia con mucho más brío y esperanza cuando otro de los suyos, en peor condición, pide espacio mínimo, y aunque no lo tengan, se lo dan; todo cabe en un cuartito...

También forma parte sustancial del escenario demográfico el marco de la salud y la reproducción de la población, que se condensa en un microcosmos familiar cada vez más contrapuesto y hasta contradictorio, pero que está ahí, con todas las evidencias del sentir mexicano frente a la falta de alimentación, la enfermedad, la muerte, las adicciones alcohólicas, el machismo y muchas otras conductas sintomáticas de la subsistencia cotidiana y de la crisis cultural crónica.⁵

Los noventa tendrán un escenario demográfico previsto, pero móvil; cambiante pero —a la vez— persistente en sus tendencias.

La desigualdad social persistente, como realidad crítica en la base de nuestra estructura social

El escenario de la desigualdad social es ancestral, pero ahora aparece con rasgos contrastados por una modernización que implica deterioro del poder adquisitivo del trabajador, sobre todo en la última década: en 1990, el poder adquisitivo de los salarios mínimos ha descendido un 35% en relación con el de 1981, y los salarios medios un 27%, afectando incluso a la pequeña burguesía.⁶

Los sectores de clase social subproletarizada, incluidos el campesinado sin tierra y el de parcela mínima, los semiocupados temporalmente en las mismas ciudades, y los desocupados y marginados de los servicios pagados abajo del salario mínimo, no bajarán del 40% de la fuerza de trabajo. Todos ellos en un país cada vez más rural y más aparentemente modernizado.

⁴ García y Griego, Manuel, *Demos 1988*, pp. 8-9 (a partir de su estudio).

⁵ González y González, Luis, *Nexos*, núm. 144, 1989, pp. 32-33.

⁶ Aguilar Camín, H., 1988, p. 47.

La paradoja resulta evidente, pero también sigue abriendo, para los años siguientes, hasta el fin del siglo, la perspectiva de una economía subterránea, informal y hasta ilegal, como necesaria estrategia de subsistencia básica. Sobre todo, para las nuevas generaciones sin clara trayectoria ocupacional.

Por otra parte, la situación bien aprovechada puede hacer crecer las fortunas del décimo de la población más acomodada que viene recibiendo el 37% del ingreso nacional.⁷

El escenario contempla, en el centro de la pirámide de la desigualdad social, una clase trabajadora asalariada, minusvaluada —sobre todo, después de la decadencia sindical de las últimas décadas—, que se amplía con la incorporación de otros sectores también proletarizados, pero de diferente extracción.

La dinámica y las luchas entre las diferentes clases sociales podrán quedar desdibujadas en los noventa; mas aquí, ni las predicciones del esquema marxista, ni menos aún las del modelo yanqui, pueden servir de modelos prospectivos. El escenario sólo plantea perfiles de posición difícil de predecir en su dinámica específica de clase social propiamente dicha.

Creemos que la desigualdad tiene, sin embargo, una presencia evidente y riesgosa que se verá acentuada en muchos de sus rasgos en la próxima década. No hacerle caso al problema social que esto implica no deja de ser una imprudencia temeraria...

El espectro urbanista del centralismo megalopolitano en el contexto interregional del país

El escenario nacional se proyecta en el proceso acelerado de crecimiento urbano del país. Durante la década, pasarán del 63 al 70% los mexicanos que vivan ya en un contexto urbano, y un 40%, lo harán en un ambiente netamente metropolitano.⁸

Podríamos profundizar en todo lo que esto significa en el avance del proceso que estamos viviendo, en cuanto al modelo de vida urbana: concentraciones de población que crecen más bien como agregados numéricos de habitantes yuxtarresidentes, pero sin vínculos comunales sólidos. El propósito de este apunte no puede ir muy lejos, baste decir que este escenario excede a toda consideración demográfica y se proyecta en el estilo de la vida cotidiana que implica.

⁷ Aguilar Camín, H., 1988, p. 36.

⁸ Garza, G. y Partida, V., *Demos 1988*, pp. 11-12 (a partir de su estudio).

Y todo esto se conecta con la historia centralista del país, y con la concepción oficialista de la cultura nacional, negadora de las regiones naturales de todo nuestro contexto patrio.

No parece que el proceso concentrador pueda ser detenido ni aminorado en los años noventa. Será reproducido, eso sí, en los centros urbanos que vienen detrás, imitando al modelo inimitable de la ciudad de México.

Los noventa seguramente verán fracasar una vez más las políticas descentralizadoras armadas con declaraciones, lamentos y deseos, pero lejanas a una verdadera estrategia de inflexión del proceso hacia las ciudades medias y pequeñas. A menos que sucedan catástrofes mayores a las de los sismos de 1985 en la ciudad de México, incluyendo entre ellas la alarma de los ecologistas, tantas veces repetida y tan poco asumida en verdad.

El escenario urbano-centralista de los noventa puede ser el preámbulo de otro escenario subsiguiente no muy lejano, en el que la gran capital continúe su crecimiento, pero viendo escapar de su seno los procesos de concentración de capital y de financiamiento (así como a su población elitaria y a la generadora de ingresos productivos), y con ello, experimentando el empobrecimiento de sus recursos y de su población: megalópolis inmensa en proceso de quiebra económica y moral. ¿Quién la podría salvar?

O por el contrario, ¿trionfará la concepción de región altamente urbanizada, extensible en toda la zona central del altiplano circunmegalopolitano, pudiendo encontrar en la tecnología y en la misma política económica de escala fórmulas de convivencia posturbana actualmente no previstas... Estaríamos seguramente ya en la utopía.

Educación y cultura nacional, en la perspectiva de organización de la sociedad civil

México ha sufrido el riesgo de su desmembración desde antes de la Independencia. La pluralidad regional y étnica del país lo podía llevar a ello, repetidamente. Las luchas intestinas, más aún. El centralismo real del país lo impidió.

En este siglo, el peligro volvió a presentarse dentro de la lucha revolucionaria, y por ello, al plantearse una nueva política educativa, en los años veinte, hubo congruencia en la reafirmación de una cultura nacional, diseñada desde el centro. A pesar de todos los federalismos declarativos y formales.

El sistema escolar centralizado respondió a la conformación de una cultura nacionalista, unitaria, homogénea, la cual desconoció los matices de las culturas regionales y locales, y las convirtió en folclor.

Por otra parte, la escuela pública apareció como contrapeso y sustitución de la enseñanza tradicional católica. Pero lo que no pudo reconstruir fue la vinculación del educador con las familias y con la organización comunitaria más tradicional y enraizada. De esta manera, el proceso educativo quedó como un sistema de información y de capacitación individual, separado de las mismas redes sociales de la sociedad civil local. Tampoco supo vincular la enseñanza escolar a la capacitación para el trabajo y al desarrollo de las capacidades para la lucha por la subsistencia cotidiana de la mayor parte de la población.

A pesar de todo, a fines del siglo, heredamos un sistema escolar elemental expandido en todo el territorio, y el montaje, todavía reciente, de la segunda enseñanza. El analfabetismo se encuentra ya en sus últimos años, pues la población adulta sin letras va desapareciendo "naturalmente" y es sustituida por una población adulta joven ya escolarizada en su nivel elemental.

Ahora, con la reducción del número absoluto de los menores de primer ingreso en la primaria, el horizonte de una escolarización que cubra cuantitativamente a una demanda que antes la rebasaba, ya no resulta un problema mayor. Pero aparece, con fuerza, la otra cuestión: el bajísimo nivel educativo, unido a la causa del magisterio realmente minusvaluado, a pesar de todas las declaraciones oficiales.

En los años noventa nos enfrentamos a una perspectiva poco halagüeña sobre nuestro sistema escolar, maltratado grandemente por la crisis de la última década, que repercute en todos los campos, particularmente en el del trabajo. La universidad y la enseñanza técnica acarrearán necesariamente el lastre cualitativo de la enseñanza elemental.

¿Puede esperarse un cambio de óptica con una verdadera reforma educativa de fondo en los años sucesivos? Parecería que no...

*Sistema sociocultural institucional mexicano y actitudes
tendenciales vigentes: la familia, la religión,
la ideología, la moral y el arte*

En realidad, la gran red escénica la constituye el sistema institucio-

nal que aquí sólo reenfocaremos en sus unidades socioculturales claves.

Infinidad de nudos amarran a esa red: a mitad de la década serán más de 20 millones de unidades familiares. Constituyen en sí mismas los microescenarios —quizá los más importantes— de la vida cotidiana.

De cualquier manera, la familia es un nudo atado a toda la red institucional y a la vez que refleja su rigidez y consistencia, también —cada vez más— su ruptura y su remiendo.

Efectivamente, la unidad familiar se constituye en un espacio en donde se representa a la vez toda una dramaturgia de doble cara: por un lado, figura como la base “celular” de la sociedad, tradicionalmente consistente, querida y preferida antes que casi todo, por la mayoría de los mexicanos;⁹ pero por el otro lado, aparece —sobre todo en esta década— como un ensayo cada vez más informal y más individualizado, experimentado por los mismos mexicanos que se rasgan las vestiduras ante la crisis de la pareja, la pérdida de autoridad moral de los padres, la escapatoria de los jóvenes del seno hogareño, el avance de la revolución sexual del siglo, la ruptura de los convencionalismos, y el lavado de la ropa sucia fuera de casa...

La llegada de los noventa descubre un escándalo farisaico familístico, pero no a la manera de los sesenta, en el que se hacía mucho ruido para engullirse unas cuantas nueces. Hoy parece ser al revés: los hechos son lo importante; las palabras, poco. Los jóvenes, al menos, así lo sienten y actúan más allá de los formalismos pero también más acá de los impulsos afectivos, lo cual no deja de resultar liberador y, al mismo tiempo, poco consistente.

A lo mejor —aunque no tan mejor—, una fuerte corriente conservadora familística se recupera de su pasmo y cobra fuerza durante la década, como reacción pendular y nostálgica del “valle de lágrimas” perdido...

Por lo pronto, la unión consensual, la separación y el divorcio se encuentran altamente legitimados de muchas maneras, junto con la anticoncepción (a pesar del regaño papal), con la emancipación de la mujer, y en el fondo de todo, con una carrera de consumismo hogareño y una alta dosis de droga televisiva.

La paradoja familiar la constituye, sin embargo, la vuelta, cada vez más recurrente, al recurso de la parentela como reserva para la

⁹ Narro, Luis, 1987, p. 27.

supervivencia económica y social,¹⁰ aunque de hecho esta reconversión consanguínea no signifique un ideal moral, ni de preferencia individual, salvo en el caso de familias elitarias.¹¹

Hay en los noventa otro gran recurso institucional y moral que, a pesar de todo, podría reservarse, durante la década, para mejor ocasión expansiva: la religión institucionalizada.¹² Resulta evidente que su presencia se mantendrá en la adscripción formal del mexicano, apenas con unas ciertas bajas: del 92.6% de católicos declarados en el censo de 1980, es casi seguro que en la década el porcentaje esté entre el 85 y el 80 por ciento.¹³

Es claro que el papel de la religiosidad formal sea, en este periodo, más bien simbólico y ritual; más práctico en la petición de favores milagrosos y en la realización de fiestas y festejos. Esto quiere decir que la religiosidad mexicana seguramente se mantendrá —y hasta se acrecentará— en un perfil altamente tradicional-popular, más que en uno de conciencia reformista, moral y de reivindicación social. Para tranquilidad de los abusivos...

Otras expresiones de las creencias colindan con la religión institucional tradicional católica, y adquieren en los noventa particular expresión: el esoterismo, el animismo, la adivinación, la brujería y otras manifestaciones que se creía confinadas a espacios reducidos, ahora parecen descubrir un cierto desarrollo —por demás altamente simbólico— de una expresión creyente que se siente restringida en el culto religioso formal.

Paralelamente a esta corriente popular, renace, un tanto cuestionada y vapuleada por el pragmatismo de la vida moderna y por la incompreensión de la vida tradicional, la creencia ideológica, principalmente la que se refiere a la vida pública —social y política.

Las ideologías de izquierda en particular sufrieron un cierto descrédito durante los ochenta. Con los cambios habidos en la Europa Oriental es factible que esta tendencia se mantenga hasta avanzada la nueva década. Pero no sería extraño que, hacia el fin del siglo y principios del próximo, el péndulo de Foucault oscilase hacia la reideologización del pensamiento utópico, cuando nos volvamos a desilusionar del pragmatismo de nuestros días...

Mientras tanto, en una época mundial de aparente decadencia, la renovación humanística seguirá buscando (tendencia clara en

¹⁰ Arizpe, Lourdes, 1988, pp. 80-82.

¹¹ Lomnitz, Larissa y Pérez Lizaur, M., 1982, pp. 591-599.

¹² Zaid, Gabriel, *Vuelta*, núm. 156, 1989, pp. 9-24.

¹³ Hernández Medina, A., 1987, p. 127 (a partir de su estudio).

nuestros días, pero quizá llamada a crecer aún más) en la expresión artística y en el escape de una normatividad liberada por la creatividad, nuevos derroteros del sentido de nuestra vida cotidiana, en campos menos utilitarios que la tecnología, pero no menos anunciadores de una renovación que ahora no nos atrevemos a imaginar.

Protagonistas característicos en la dramaturgia social de los noventa

En una nueva década suele verse aparecer y desaparecer en el foro de la trama central, a personajes que adquieren relevancia relativa o definitiva, desplazando a otros que tuvieron predominio protagónico en las escenas anteriores.

Hagamos una breve referencia a este reparto, pues nos ayuda a entender el sentido de la obra de todo un siglo, en su aparente final.

Los que pasaron de época como protagonistas centrales

Los que han pasado a desempeñar papeles secundarios y hasta de simples comparsas o “de bulto”, aun cuando llegaron a tener una actuación estelar a principios de siglo, o antes, fueron: el campesino mexicano, y desde mucho antes, el hacendado y el mayoral, el cura-pseudo cacique y pseudo patrón, el antiguo catrín de las ciudades, el comecuras jacobino, el cristero terco y la Adelita venida a menos..., o a más.

En cambio, el lépero del suburbio y del barrio sólo muda nombre y facha: se convierte en el peladito, hijo de excampesinos salidos de la “matria chica”,¹⁴ para llegar a transformarse en “el pachuco” de mitad de siglo que inquietó a Paz, y en “el naco” de hoy, sofisticado, con buenas dosis de rock y de otras cosas.

También dejaron de ser personajes centrales para los años noventa (aunque persistan por ahí algunos): el político y el militar pseudorrevolucionario; el patrón-dueño de empresa mayor; el clásico cura de sacristía de voz microfonada y de fácil reprimenda; incluso el cacique dinosaurio, y el intelectual (y no tan intelectual) marxólogo.

Todo ello ha significado un desplazamiento real de líderes que partieron con sus generaciones correspondientes dejando vacíos de

¹⁴ González y González, L., *Todo es historia*, 1989.

liderazgo incumplido, pero por décadas mantenido, que propiciaron la entrada de una nueva ola de cabecillas con ideas diferentes, y sobre todo, con estilos de protagonismo que quisiéramos renovado y fresco.

Los que aparecen como protagonistas más comunes

¿Cómo viene la cauda de protagonistas que quieren aparecer como primeras figuras, en la escena de los noventa? Aquí los mencionamos por orden de aparición repetible:

Un personaje colectivo identificado como el subproletariado actual, parece introducirse desplazando al que, según el guión del experto, debía ser el primero en una sociedad que se industrializa: el proletariado. Nuestra realidad impone a aquél, quitándole a éste su supuesto papel histórico. Por algo será...

En esta actoría colectiva, dentro del subproletariado se incluye: al desocupado y subocupado de todas las latitudes, al campesino olvidado, al marginado "paracaidista" de las barriadas, al comerciante "de lo que sea" —informal y "sumergido". La empleada "maquillada" desempeña, en particular, el papel de dama joven de este sector, aunque algunos quisieran asimilarla a la empleada de nivel básico.

Empero no cabe duda, que la dama central protagonista del melodrama de los noventa es "la mujer de la doble jornada", que aparece, efectivamente, con un doble papel: el de ama de casa, mediadora primaria del consumismo, y el de mujer trabajadora, hasta sindicalizada y líder. Aparece en todas partes: en el barrio y en la barriada, en el multifamiliar y en la colonia, en la oficina y en la fábrica, en el puesto del mercado y del tianguis, en la calle, en el supermercado; hasta en la universidad y en la oficina de gobierno; pero no deja de estar en el hogar, como esposa, compañera (que no concubina) y, sobre todo, como madre: es una actriz omnipresente.

No se queda atrás en la trama de los noventa, el joven desocupado, semicupado, estudiante o trabajador. Quizá la banda haya perdido un poco su fama, pero sigue ahí, como grupo informal. Quizás el sindicato por fin acepte a buena parte de los trabajadores jóvenes, y posiblemente los estudiantes —universitarios, preparatorianos y hasta secundarios— cobren momentos de protagonismo eventual, pero es muy factible que la cosa no pase de ahí. Quizá la drogadicción y el alcoholismo, así como la actitud antisocial de muchos

jóvenes se incrementen críticamente, pero su relatividad será más evidente si las instituciones, y el mismo gobierno, se abren a la aceptación de una nueva generación emergente de jóvenes que, por un lado, seguirán en la búsqueda práctica para encontrar sus formas de acomodo, y por el otro, comenzarán a resucitar mitos y utopías, aunque no sea sino a manera de crítica, sin ton y con son. Quizás...

Por su parte, el papel del profesional y del técnico calificado no deja de inquietar a la sociedad. Son reproductores y accionadores de la gran tecnología extranjera. Su estatus, alto en principio, podría ser cuestionado después, por no crear alternativas propias a nuestro país.

Parecería que con la contracción del aparato estatal, el burócrata, de ser un protagonista central, pasaría a ser sustituido por la imagen del empleado privado, eficiente y un tanto más libre. Pero esta puede ser una de las falacias de la ficción de los noventa. En uno y en otro sentido ni el burócrata dejará de caracterizar al mundo asfixiado y rígido de los noventa, ni el empleado privado saboreará, seguramente, el discreto encanto de la burguesía. Estarán, todos ellos, proletarizados y sujetos al estancamiento (¿quién habló de pacto?) del poder adquisitivo de los salarios. Para un cambio en este guión protagónico se requiere todavía todo un nuevo siglo...

*Los que parecen querer robar cámara,
no siempre con mucho éxito*

Hay un conjunto de actores luchistas por lograr un buen papel, pero no siempre con éxito. La década tiene representantes significativos:

Uno de ellos es, sin duda, el político-funcionario de carrera que quiere hacer la síntesis entre el técnico-experto y el político militante en el partido (incluido ahora el de la oposición). Su ambivalencia seguirá ocupando el lugar de la verdadera síntesis, no sabemos a ciencia cierta si para bien o para mal.

Aquí tenemos, además, a otro protagonista (y van a faltar en esta relación muchos más que omitimos) que refleja toda una tendencia imposible de desconocer: el ejecutivo privado, gerente de empresas, jefe de departamento en unidades productivas (transnacionales o transnacionalizadas, de reconversión no siempre clara), que trata, a su vez, de hacer una síntesis entre su capacidad técnica y su naturaleza universitaria, con el interés del capitalista anónimo, pero supuestamente emprendedor. La síntesis puede lograrse mejor que la del político paralelo, pero generalmente, en estos noventa, el factor

tecnológico estará altamente supeditado al avance monetarista y financiero del capital. Esto condicionará, seguramente, el papel del actor: frustrará a muchos que no podrán, en la misma medida de su capacidad técnica, participar en la organización y fruto de ese capital.

Hay otros personajes de contrapunto, importantes durante los años noventa (aunque a lo mejor son sólo una ilusión nuestra):

Los artistas y los deportistas endiosados por los medios masivos comerciales, y los artistas anónimos que, sin tanta fama, no dejan de ser representantes de una cultura un tanto contaminada por el smog de la modernización y de la publicidad, pero que por ello mismo, se escapan en otras direcciones, a veces no muy legitimadas o antisociales.

Pero de ahí a los narcotraficantes y a los neogánsteres hay una distancia cualitativa que quisiéramos marcar. Ambos pueden ser producto de una misma asfixia espiritual, pero la cuestión sería darle oportunidad escénica a aquellos que pueden llevarnos a respirar aires renovados, aunque nos asuste grandemente su aparente locura, producto de nuestra misma cerrazón o de nuestra racionalidad civilizada...

Líneas sintéticas a manera de expresión aforística

Qué obstinación la de buscar la dicha consecuentemente en la persistencia y no paradójicamente en el cambio.

José Gaos

El problema de la identidad rebasada pragmáticamente

● La cuestión de partida es la identidad: ¿seremos en la nueva década lo que hemos sido hasta ahora, o podemos pensar en ensayar una nueva personalidad? De esto depende el tipo de compromiso con nosotros mismos, y con los que vienen detrás y ya están adelante.

● Nuestro pasado se hace futuro a través de nuestra acción. Nuestras acciones se hacen empresa, que se convierten, a su vez, en el signo de nuestra personalidad. ¿Qué tipo de empresas tenemos?

● Vale rebelarnos con lo que recibimos en herencia para poder conformarnos con lo que legamos. El fin de siglo se convierte en

rúbrica de nuestra identidad, por la misma acción tatuada en la piel de la sociedad.

El realismo simbólico y el simbolismo realista...

● El escenario demográfico, el de la desigualdad socioeconómica y el de los contextos institucionales en los que nos movemos, son realidades que nos constriñen y nos esclavizan si las convertimos en armazón de nuestra vida. Se convierten, en cambio, en foros de la imaginación y la aventura, si nos sirven para reinventar nuevas historias.

● Somos muchos y estamos demasiado densificados porque no hemos descubierto, todavía, la otra dimensión implicada en la carrera migratoria hacia el lugar de origen: el verdadero cosmos existente en la localidad, en el barrio y en la interfamilia.

● En la desigualdad se encuentra nuestra razón de rebeldía ante la injusticia socioeconómica, pero también la sinrazón de la aspiración a la homogeneidad superhumana. El camino de una y otra está empedrado de buenas intenciones —como el infierno— pero, al final de cuentas, se convierten en buenas razones para vivir en este mundo.

● En la vida megalopolitana nos estamos olvidando de que, dentro de los automóviles, combis, autobuses camioneros, vagones métricos, casas, condominios y edificios, viven seres humanos, hasta que los temblores de la tierra reseca y despetrolizada nos sacuden hasta el pánico. ¿Esperamos de los noventa que nos vuelvan a remover las entrañas para acordarnos de nuestra vida comunitaria del principio...?

● La enseñanza escolar no puede consistir solamente en aprender a olvidar la cultura tradicional caduca, porque corremos el riesgo de que inconscientemente, a la hora del examen, respondamos la prueba con puros ideologismos.

● De tantos que fuimos en la escuela sólo recuerdo algunas caras infantiles que se desdibujan en los años noventa, como se diluye la institución escolar en las redes de solidaridad de los barrios y de los pueblos, tecnocráticamente olvidados.

● Todos somos creyentes de un más allá religioso pero incrédulos del maldito vecino que nos fastidia con sus necedades, hasta que nos vemos juntos en una peregrinación a la Basílica de Guadalupe, llevando pancartas de lemas alusivos contra los curas y los políticos fraternalmente unidos...

- En la década entrante puede suceder que las ideologías socialistas de izquierda hayan recorrido tanto el camino del descrédito que vuelvan a aparecer como nuevos caminos de salvación, aún desconocidos.

- Si el arte moderno es el producto de una sublimación ante la contaminación de nuestro mundo —desilusionado— de fin de siglo, bendita culpa que tiene tal redentor simbólico.

*El sentido del trabajo y de la modernización,
más allá de la ética tradicional... y de la protestante*

- Cuando la tecnología moderna llegue a vulgarizarse hasta el extremo de introducir una computadora en el seno de todos nuestros hogares o fabricar automóviles para cada hijo de vecino, será como cuando el arte tecnificado se televisa todos los días: seguramente perderá su verdadero sentido.

- Si es verdad lo que a mitad del siglo nos decían los “desarrollados” seguidores de la “ética protestante”, que el trabajo exitoso es signo de predestinación eterna, antes de que se acabe el siglo los mexicanos tendríamos que pedirle a la virgencita de Guadalupe que nos consiguiera una moratoria indefinida de la deuda eterna.

- Frente a la modernización internacional, a la apertura del mercado mundial y a la desideologización, no nos queda más remedio que creer ciegamente en la verdad de nuestra comunidad, minúscula pero con cara de paisano, de vecino molón y de cuñado por los dos costados: porque la cultura nacionalista de antaño nos parece ya una mujer infiel.

*El devenir en la perspectiva de lo azaroso,
de la previsión y de la planeación*

- Para conquistar el devenir hay que ir, no venir.

- En realidad, el futuro es lo que puede ser; tomando en cuenta lo que decididamente está descartado que sea porque no pudo ser, y un ganchito...

- Ninguna representación teatral puede realizarse sin ensayos repetidos ni esmerados. Cuando se reparten los papeles entre los actores, todos deben saber que pueden ser desplazados por otros, aunque sepan actuar a la perfección en su propio papel de desplazados.

- Qué suerte para México llegar al fin de este siglo con su capacidad para preparar una mejor suerte en el próximo.
- La mejor manera de tener suerte es prepararse concienzudamente para poder hacer uso de ella, si hay suerte.
- En la planeación de los próximos diez años necesitamos, ante todo, un sentido muy agudo del humor...

Bibliografía

- Aguilar Camín, Héctor *et al.*, *México mañana*, Ed. Océano-Nexos, México, D.F., 1988.
- Arizpe, Lourdes, "La sociedad invisible", en *México mañana*, Ed. Océano-Nexos, México, D.F., 1988.
- BANAMEX-Diversos autores, *México en la década de los ochenta*, 8 vols., Rep. BANAMEX-Estudios Sociales, México, D.F., 1982.
- CONAPO, *México demográfico. Breviario 1988*, Ed. CONAPO, México, D.F., 1988.
- García y Griego, Manuel, "Cifras pequeñas, retos grandes", en *Demos 1988*.
- Garza, Gustavo y Partida, Virgilio, "Hacia la superconcentración espacial", en *Demos 1988*.
- González y González, Luis, *Todo es historia*, Ed. Cal y Arena, México, D.F., 1989.
- , "La índole de los mexicanos", en *Nexos*, núm. 144, México, D.F., 1989.
- Hernández Medina, Alberto, "Religión y moral", en *Cómo somos los mexicanos*, Ed. CEE y CREA, México, D.F., 1987.
- Lomnitz, Larissa y Pérez Lizaur, Marisol, "Significados culturales y expresión física de la familia en México", en *Investigación demográfica en México, 1980*, Ed. CONACYT, México, D.F., 1982.
- Narro, Luis, "¿Qué valoran los mexicanos?", en *Cómo somos los mexicanos*, Ed. CEE-CREA; México, D.F., 1987.
- Nexos*-Varios autores (cien autores), *Fin de milenio*, *Nexos*, núm. 120, México, D.F., 1987.
- SSA-Dirección General de Planificación Familiar, *Encuesta Nacional sobre Fecundidad y Salud 1987*, Memoria, Reunión 30 de septiembre, 1988, Ed. SSA-DGPF, México, D.F., 1988.
- Torres, Blanca (compiladora), *Descentralización y democracia en México*, El Colegio de México, México, D.F., 1986.

Zaid, Gabriel, "Muerte y resurrección de la cultura católica", en *Vuelta*, núm. 156, México, D.F., 1989.